

## ***ECCE HOMO, LOS SIMIOS Y EL DISCURSO CIENTÍFICO. TRES VISIONES QUE SE ENCUENTRAN***

### ***ECCE HOMO, THE APES AND THE SCIENTIFIC SPEECH. THREE CONVERGENT VISIONS***

Coral Velázquez Alvarado

Universidad Nacional Autónoma de México

#### **ABSTRACT**

Among the nineteenth century, the scientific method had repercussions in different areas such as the legal one, specifically in Criminalistics, to generate the characterization of the offender. In its intersection with medicine and anthropological studies, it was based on the concepts of degeneration and decadence. Although they are theories that have already been overcome, at the time they formed the hegemonic discourse of Western societies. Under his influence, the literati devoted themselves to narrating clinical and police cases; led by Edgar Allan Poe, a fundamental influence for the Latin Americans Ciro B. Ceballos and Leopoldo Lugones, who, together with the North American, sought to question the scientific arguments that served to dominate rather than to civilize. To this end, they use characters close to the human species, the ape, to represent an Other that is the marginal, the primitive, the non-Western and that helped them to relativize the prevailing values.

**Keywords:** scientism, otherness, Edgar Allan Poe, Ciro B. Ceballos, Leopoldo Lugones.

## RESUMEN

En el siglo XIX, el método científico repercutió en varios ámbitos como el jurídico; específicamente en la Criminalística, para generar la caracterización del delincuente. En su cruce con la medicina y los estudios antropológicos se fundamentó en los conceptos de degeneración y decadencia. Si bien son teorías ya superadas, en su momento conformaron el discurso hegemónico de las sociedades occidentales. Bajo su influjo, los literatos se dedicaron a narrar casos clínicos y policíacos; encabezados por Edgar Allan Poe, influencia fundamental para los latinoamericanos Ciro B. Ceballos y Leopoldo Lugones, quienes, junto con el norteamericano, buscaron cuestionar los argumentos científicistas que servían para dominar más que para civilizar. Con este fin se sirven de personajes cercanos a la especie humana, el simio, para representar un Otro que es lo marginal, lo primitivo, lo no-occidental, para con ello relativizar los valores imperantes.

**Palabras clave:** científicismo, otredad, Edgar Allan Poe, Ciro B. Ceballos, Leopoldo Lugones.

Fecha de recepción: 19 de agosto de 2021.

Fecha de aceptación: 9 de octubre de 2021.

**Cómo citar:** Velázquez Alvarado, Coral (2021): «*Ecce homo*, los simios y el discurso científico. Tres visiones que se encuentran», en *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 5: 76-92.

DOI: <https://doi.org/10.15366/actionova2021.5.004>

Desde finales del siglo XVIII, los avances tecnológicos comenzaban a mostrar grandes logros, conformando así un nuevo campo especializado entre la ciencia y la mecánica cuyos discursos permearían al constructo cultural y a su vez cobrarían fuerza en la expresión literaria. Sin embargo, como señala Bonderson (1997: 7) «en los siglos XVII y XVIII las colecciones de historia natural y los museos médicos todavía se parecían a los viejos gabinetes de curiosidades», algo que puede observarse también en el siglo XIX. Conservando esta visión de «lo diferente», los avances en los campos de la medicina y la sociología hicieron eco en los estudios de caso y en el análisis de los tipos criminales como casos de degeneración detectables por medio de rasgos físicos. Debe mencionarse que:

The nineteenth century is remarkable for its proliferation of new sciences and sub-sciences, which range from the study of earthquakes (*seismology*, named in 1858) to the study of rudimentary life forms (*embryology*, named in 1859). The acquisition of a special name for a science is usually a sign that it had achieved a distinct professional importance (Chapple, 1986: 3).

De suerte que al buscar explicaciones a los casos mencionados anteriormente surgieron nuevas ramas especializadas como la frenología o la teratología, las cuales dedicaron sus esfuerzos a encontrar estas características físicas y fisiológicas que determinaban a los individuos.

Por ejemplo, una de las teorías que marcó el canon de la época fue la desarrollada por Bénédicte-August Morel en su *Traité des dégénérescence de l'espèce humaine* (1857), en la cual plantea que un «espécimen» degenerado de la especie humana es un ejemplo de desvío malsano del tipo normal de la humanidad. En su estudio presenta una clasificación en la que señala seis razones de la degeneración: 1) Por intoxicación; 2) Las resultantes del medio social, 3) Las que resultan de una afección mórbida anterior o de un temperamento malsano, 4) Las derivadas de la inmoralidad, 5) Las que provienen de enfermedades congénitas o adquiridas durante la infancia y 6) Las que tienen relación directa con las influencias hereditarias. De todas ellas, el autor destaca esta última como la causa más general y universal, ya que está representada de algún modo en todas las demás. Morel sostiene que, después de varias generaciones de alienados, la degeneración deviene incurable (Morel, 1857); haciendo eco de la teoría de Jean Batiste Lamarck acerca de la evolución de las especies, la repetición de patrones de comportamiento y adaptación en su *Philosophie zoologique* (1809). También permean las ideas sobre la evolución de las especies, contenidas en *On the origin of species* (1859)

de Charles Darwin, así como su contraparte, las especies en estado «primitivo» que en este caso se manifiestan en otros primates.

A la teoría de Morel, se sumaron las ideas de otros estudiosos como Cesare Lombroso, quien en *L'uomo delinquente* (1876) agrega a las condiciones genéticas las afectaciones intrauterinas y del ambiente al estado del individuo, o Max Nordau, *Entartung* (*Degeneración*, 1892-1895), quien planteó una teoría de las fobias y las manías (véase Caponi, 2009; Narváez Hernández, 2005). Estas ideas se vieron reforzadas por:

[...] el discurso en torno a la idea de que las razas estaban jerarquizadas en función de un estado de retraso o de avance, que tomaba como punto de referencia la civilización occidental, se articuló a través de tres grandes ejes temáticos, referidos a lo fisiológico, lo cultural y lo lingüístico (Urías Horcacitas, 2000: 62).

De este modo los estudios conformaron un análisis y catalogación del Otro, del sujeto que no era parte de la norma ya fuera por su deformidad física, psíquica o social. Pues, como bien indica Armando Bartra, si acaso la norma no implica la transgresión, los transgresores-transgresiones y sujetos anómalos sí implican a la norma en su reconocimiento y definición (Bartra, 2008: 13).

Como resultado, el estudio de los factores del comportamiento y «el instinto» fueron cobrando importancia gracias, precisamente a los avances médicos en el campo de la psiquiatría a mediados del siglo XIX (Foucault, 2007: 133). Estos médicos especializados buscaron el poder por medio del reconocimiento de estas alteraciones mentales; sobre todo, en lo que respecta al orden, que los individuos alienados podían alterar con sus conductas peligrosas. De manera que, «la figura excepcional del monstruo» desaparecerá para dar cabida al análisis de las conductas de forma patológica y legal, nace el médico judicial o patólogo normativo (Foucault, 2007: 154-155), pues:

[...] Entre la descripción de las normas y reglas sociales y el análisis médico de las anomalías, la psiquiatría será, en esencia, la ciencia y la técnica de los anormales, de los individuos anormales y las conductas anormales. Lo que naturalmente entraña como primera consecuencia que el encuentro crimen/locura ya no sea para ella un caso límite, sino el caso regular (Foucault, 2007: 156-157).

Así pues, bajo estos influjos ideológicos, algunos literatos buscaron y crearon casos clínicos y policíacos en los cuales sus protagonistas suelen pertenecer a las minorías transgresoras de los tres órdenes mencionados: físico, psíquico o social. Algunos de estos

autores llevaron su pluma más allá, logrando ir a contracorriente y poniendo en duda estas ideas mediante la humanización de la animalidad, en una época de razón y progreso al hacer del Otro la norma olvidada, recurriendo a algunos de los animales más cercanos al hombre del orden de los primates, los grandes simios.

El Otro al que el ser humano se enfrenta en los textos, es el nombrado «salvaje» en la teoría de Roger Bartra (2014) y el monstruo de la antigüedad estudiado desde la ontología teratológica, cuya función es reafirmar la norma, la esencia del individuo y en el mundo occidental su identidad europea. El presente estudio busca analizar los discursos que entorno a estas figuras subyacen en tres relatos con sensibilidad de cambio de siglo: «The Murders in the Rue Morgue», «Yzur» y «Un adulterio», textos en los que el simio sirve a los autores para problematizar las teorías científicas imperantes.

Edgar Allan Poe ha sido elegido por ser el gran representante del cientificismo en el relato, pues como se mencionó en la época, poco a poco el discurso científico se vería reflejado en diversos contextos y ámbitos culturales, de modo que:

Writers like Edgar Allan Poe and Mark Twain consciously imitated scientists' styles and use of evidence, exploiting their own writing techniques to play with scientists' ideas and encourage readers to rethink them. If readers mistook the fiction for science, it was merely part of the game. If they discovered the 'truth', they might subsequently read science and fiction in a new light, resisting writers' strategies to exploit their credibility.

For most of the nineteenth century, scientists and novelists shared a common vocabulary and common literary techniques (Otis, 2002: xxiv-xxv).

De la misma manera, el norteamericano fue una clara influencia en la literatura hispanoamericana, pero particularmente en los siguientes autores a tratar (véase Englekirk, 1934: 278-304; Hernández Roura, 2020: 128). Su relato, «The Murders in the Rue Morgue» («Los crímenes de la calle Morgue», Poe, 2001: 425-466), publicado en la *Graham's Magazine* en abril de 1841; texto en el que se narra un doble asesinato que resulta extremadamente brutal, inexplicable e inabarcable por la Razón. El narrador inicia su historia con una disquisición sobre las capacidades de análisis humanas y sustenta sus afirmaciones con una anécdota que sigue los pasos de Auguste Dupin, un sujeto analítico, que al enterarse de «los extraños asesinatos» se documenta ampliamente por medio de la prensa y, así, en compañía del narrador comienza su propia pesquisa del culpable, por el simple placer de que sus razonamientos los lleven en la búsqueda de la verdad.

Finalmente, Dupin descubre que el asesino es un orangután y todo su razonamiento al respecto del Otro se agolpa en un santiamén. En un principio la brutalidad del crimen y la fuerza requerida para mutilar los cuerpos llevan a pensar a los testigos que el culpable es un obrero con una fuerza muy desarrollada por el trabajo; la agilidad para subir a la ventana correspondería a la de un marinero, pero la brutalidad de los actos hace increíble el hecho de que otro ser humano lo realizara. De igual forma, nadie identifica el idioma del asesino, de aquella bestial voz emitida desde la habitación, haciéndolos pensar que se trataba de un extranjero:

[...] un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés han tratado de describirla, y cada uno de ellos se ha referido a una *voz extranjera*. Cada uno de ellos está seguro de que no se trata de la voz de un compatriota. Cada uno vincula, no a la voz de una persona perteneciente a una nación cuyo idioma conoce, sino a la inversa (Poe, 2001: 447)

Pero ninguno reconoció palabras, por lo tanto la relación final es con algún individuo de «raza negra» o «mongólica», los cuales quedan descartados por no abundar en París. Esta serie de argumentos son los que producen en el lector «no tan sólo un determinado efecto de verosimilitud, sino también [funcionan] mediante una lógica interna» (Ferrús Vicente, 2009), por lo cual Poe nombra a este tipo de relatos *tales of ratiocination* (raciocinio) evidenciando así el uso instrumental del concepto Razón. Su pensamiento es una fusión entre Razón e Imaginación, deudora de las ideas de Pascal, como indica Ferrús (2009). De esta manera, Dupin, además de basarse en razonamientos lógicos, hace uso de su intuición para desentrañar los crímenes, ubicándolo como uno de los primeros personajes en usar el método analítico para resolver misterios (Castillo Martín, 2011: 37-39).

Las nuevas pistas los acercan al culpable: un mechón de pelo animal y las marcas en el cuello de una de las víctimas. Enseguida Dupin, en ese afán de certeza científica le da a leer al amigo:

[...] una minuciosa descripción anatómica y descriptiva del gran orangután leonado de las islas de la India oriental. La gigantesca estatura [que en la realidad sólo es de 1.75 m y sólo en casos extraordinarios llega hasta los 2 m], la prodigiosa fuerza y agilidad, la terrible ferocidad y las tendencias imitativas de estos mamíferos (Poe, 2001: 457)

Escrita por el biólogo francés George Cuvier en su obra *Le règne animal*, muy difundida en la época, a la que Poe añade tintes dramáticos al destacar e incluir características

violentas de las que carece el original, del cual retoma el carácter imitativo y el poco intelecto, dejando de lado su docilidad:

Hout de trois à quatre pieds : le corps couvert de gros poils rouge ; le front égalant en hauteur la moitié du reste du visage, la face bleuâtre ; point d'abajoues ni de callosités : les pouces de derrière très-courts. Se singe célèbre est de tous les animaux celui que ressemble le plus à l'homme par la forme de sa tête et le volume de son cerveau [...]. Que c'est un animal assez doux, qui s'apprivoise et s'attache aisément ; qui, par sa conformation, parvient à imiter un grand nombre de nos actions ; mais dont l'intelligence ne paraît pas s'élever à beaucoup près autant qu'on l'ai dit, ni même beaucoup surpasser celle du chien (Cuvier, 1817: 102-103).

Así pues, cuando Dupin lo descubre todo, le tiende una trampa al marinero dueño del orangután, quien finalmente relata cómo es que el simio escapó de su casa. Pero que, pese a la furia y a su tamaño, el animal aún temía la reprimenda de su amo, quien miraba la acción desde un rincón, el simio intentó ocultar el crimen, pero no en un acto de conciencia humana, sino de miedo al castigo:

Las furiosas miradas de la bestia cayeron entonces sobre la cabecera del lecho, sobre el cual el rostro de su amo, paralizado por el horror, alcanzaba a penas a divisarse. La furia del orangután, que, sin duda, no olvidaba el temido látigo, se cambió instantáneamente en miedo (Poe, 2001: 464).

Sin embargo, una vez confirmada su teoría Dupin afirma también que «Las palabras que los testigos oyeron en la escalera fueron las exclamaciones de espanto del francés mezcladas con los diabólicos sonidos que profería la bestia» (Poe, 2001: 465). El lenguaje indescifrable descrito en un principio se convierte en la lengua francesa mezclada con los alaridos de la bestia, el Otro no tiene voz propia.

De esta manera, las implicaciones morales del acto son dejadas de lado, el que en un principio sería un crimen atroz, se convierte en un accidente ejecutado por un animal que por naturaleza es irracional, carente de lenguaje y violento. La descripción de las acciones del orangután, si bien podría formar parte del catálogo de patologías desarrollado por Morel, es su descripción física la que delata su origen; después de todo, la palabra orangután en su idioma original significa «hombre de la selva», en este caso un ser irracional que por imitar a su amo huye con una navaja entre sus garras y comete un crimen, un salvaje sin habla que pese a ser más fuerte que un hombre es dominado por el látigo que lo esclaviza. Esto es lo

que lo hace el Otro, la subordinación racional y moral, el estar despojado de su libertad y de su voluntad para finalmente ser confinado a un zoológico.

Ahora bien, en «Yzur» de Leopoldo Lugones (2011: 323-329) –cuya edición periodística corresponde a 1896 y que en 1906 fue republicado en el libro *Las fuerzas secretas*– un hombre narra la historia de cómo compró al chimpancé Yzur a un circo y cómo surgió en él la idea de enseñarle o recordarle cómo hablar. El narrador parte de la premisa de que:

Los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar. El hecho produjo la atrofia de sus órganos de fonación y de los centros cerebrales del lenguaje; debilitó casi hasta suprimirla la relación entre unos y otros, fijando el idioma de la especie en el grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a ser animal (Lugones, 2011: 323).

A lo anterior debemos sumar los intereses científicos de Lugones y su acercamiento a varias fuentes del momento, que con el tiempo fueron dejadas atrás, perdiendo su prestigio y sin ocupar un lugar en las ciencias del siglo siguiente. Gracias a lo cual, este relato se ubica como:

[...] one of the masterpieces of modernist fiction which expresses the movement's concern with the evils of progress and the destructiveness of traditional scientific discourse serving an imperialist will to power (Fraser, 1996: 11).

Dentro de estas corrientes, están las ideas expuestas por Richard L. Garner en su libro *Gorillas y Chimpancés* y otros escritos en donde planteaba la posibilidad fisiológica de que estos animales hablaran; las de Florentino Ameghino pensador coetáneo de Lugones quien hablaba sobre el origen del hombre, y finalmente, las de Helena Blavatsky, teósofa creyente en la teoría regresiva de la integración-desintegración de la materia y, por tanto, en el mono antropoide como versión primitiva del hombre (Corvalán, 1982).

El narrador decide comenzar una carrera «científica», decide ser el investigador que enseñe de nuevo a hablar al simio, ubicándolo a la par de Dupin, pues ambos narradores hacen uso del análisis y de una suerte de método científico para involucrar al lector por medio de la verosimilitud del relato (Haywood, 2011: 106). Por medio de su método racional, «el demonio del análisis», el amo de Yzur intenta enseñar o, mejor aún, hacer recordar al cuadrumano el habla, en lo cual ayudará su docilidad e inteligencia pues «cada vez que lo veía avanzar en dos pies, con las manos en la espalda para conservar el equilibrio, y su aspecto de



marinero borracho, la convicción de su humanidad detenida se vigorizaba» (Lugones, 2011: 323), de igual forma lo separa del loro que puede articular palabras pese a su fisiología totalmente alejada de la humana, más aún, a pesar de tener un cerebro pequeño y no desarrollado. Y, como Dupin en el relato de Poe, señala el carácter imitativo que para el narrador lugoniano es una gran ventaja, ya que considera al chimpancé un sujeto pedagógico más calificado que un niño, con gran memoria, buena atención y el gusto por aprender. Su simio además posee la ventaja de su juventud que, según nos dice, lo hace más receptivo al conocimiento del mismo modo que en los individuos de «raza negra» (Lugones, 2011: 324). Lugones humaniza a Yzur por medio de su comparación con un negro, aunque con el racismo que eso conlleva, y luego con los sordomudos, humanos al fin, aunque sin los derechos ni la fisiología perfecta para la ciencia de la época:

Primero de todo, su extraordinaria movilidad mímica que compensa al lenguaje articulado, demostrando que no por dejar de hablar se deja de pensar, así haya disminución de esta facultad por la paralización de aquella. Después, otros caracteres más peculiares por ser más específicos: la diligencia en el trabajo, la fidelidad, el coraje, aumentados hasta la certidumbre por estas dos condiciones cuya comunidad es verdaderamente reveladora: la facilidad para los ejercicios de equilibrio y la resistencia al mareo (Lugones, 2011: 324).

Bajo este proceso de aprendizaje se opera un cambio en el carácter del chimpancé:

Tenía menos movilidad en las facciones, la mirada más profunda, y adoptaba posturas meditabundas. Había adquirido, por ejemplo, la costumbre de contemplar las estrellas. Su sensibilidad se desarrollaba igualmente; íbasele notando una gran facilidad de lágrimas (Lugones, 2011: 327).

En el relato de Poe, la capacidad de lenguaje supuesta por quienes creen que el orangután habla, acercan el crimen a lo humano. En este caso, el lenguaje humaniza al simio, sin embargo, su amo le recuerda la subordinación en cada lección y lo golpea cuando no consigue lo que quiere, dejándolo hundido en un silencio profundo: «Yo soy tu amo», «tú eres mi mono»; el chimpancé se limita a asentir con la mirada; la moral humana no se aplica a sus acciones, el simio es una posesión. Yzur enferma de manera mortal y en sus últimos momentos, con su último suspiro genera sonidos que el investigador traduce como: «—Amo, agua. Amo, mi amo...» (Lugones, 2011: 329). Asimismo, el chimpancé coincide con la representación del hombre primitivo que guarda celosamente un secreto:

[que] durante muchos siglos ha sido el guardián de arcanos desconocidos: posee las claves de la tragedia, oculta los misterios del cosmos, sabe escuchar el silencio y puede descifrar el fragor de la naturaleza. El salvaje ha sido creado para responder a las preguntas del hombre civilizado; para señalarle, en nombre de la unidad del cosmos y de la naturaleza, la sinrazón de la vida; para hacerle sentir trágicamente el terrible peso de su individualidad y de su soledad (Bartra, 2014: 213).

Así pues,

El personaje de Lugones [...] quiere someter a Yzur a una cruel pericia: adjuar de una decisión que su especie tomó en un remoto pasado y que por lo tanto está incorporada definitivamente a sus genes. Borrar ese salto regresivo que significó la libertad de un grupo humano envilecido por la esclavitud es lo que se le pide a Yzur, volver a su antigua categoría de ser humano sometido a otro ser humano (Corvalán, 1982: 60).

De modo que, el recordar su conocimiento antiguo lo lleva a transformarse en el mono de su amo, sus últimas palabras no son más que la revelación del hombre salvaje que le da a conocer su futuro, el futuro de la humanidad. Es el simio humanizado y esclavizado por el hombre, pero es al mismo tiempo el simio sabio que decide callar frente al hombre necio. O si se quiere ver, también se trata de la relación que se establece entre las élites con las clases subordinadas de la sociedad que son susceptibles de ser beneficiadas por una pequeña luz de la razón, pero siempre en beneficio de su amo.

En el último relato, «Un adulterio» de Ciro B. Ceballos (1982: 11-47, publicado originalmente por entregas entre el 30 de septiembre de 1901 y el 6 de octubre del mismo año, posteriormente le dio nombre a una compilación del autor en 1903), Rogelio Villamil, un joven libertino que tras contraer tisis (tuberculosis) y que, por recomendación médica, se retira a su casa de campo en donde conoce a una mujer, Geraldina Kerse, quien tiene un extraño apego por el gorila que heredó de su marido muerto. Al igual que Yzur, tiene un nombre: Jack. En sus visitas, Villamil encuentra a Jack:

En la penumbra...

¡Encaramado en un gran sillón, de primorosa talla, pensativo, expectante, atribulado, mirando a la diva, a la mujer, en harpocrática quietud, atentamente, inefablemente, con toda la atonía de sus grandes pupilas dolorosas, estaba el gorila!

En la penumbra... (Ceballos, 1982: 33).

Mientras Rogelio platica con Geraldina, ella humaniza en su relato al gorila y:

Aseguraba no haber amado a nadie más que a Jack.  
Su fiel amigo que la había salvado en un naufragio.  
Su fiel amigo que la había acompañado en todas las desolaciones.  
Su fiel amigo que había endulzado con su adicción todas sus amarguras.  
Su fiel amigo que había llorado ingenuamente por todos sus desamparos...  
(Ceballos, 1982: 33-34)

A pesar del lugar similar al del orangután de Poe o al de Yzur de Lugones, Jack vive como un miembro humano de la familia, tiene un lugar en el corazón de Geraldina y por ello Villamil entabla una lucha silenciosa con él, por ganar esa posición, pues ella: «No tenía para él las atenciones que al gorila dispensaba./No tenía para él las contemplaciones que su taciturno Jack le merecía» (Ceballos, 1982: 35).

De modo que «al verse pospuesto al animal, padecía como amigo, como varón, ¡como amante...!» (Ceballos, 1982: 33), Villamil que en un principio es descrito como alguien racional, que desea la vida tranquila de los campos, de inmediato es gobernado por las pasiones y piensa en vengarse, matarlo para que no sea un impedimento; pero comprende que eso lo haría más difícil aún. Mientras Villamil cada vez se torna más furioso, e incluso animalizado, Jack es descrito como un ser bondadoso, con modales y buena educación:

Parecía una persona desgraciada; su tristeza era conmovedora, terrible, siniestra. Muchas veces, cuando estaba en la penumbra —encaramado en el gran sillón [...] una lágrima, una gota del fuego del dolor eterno ahogada en un sollozo de galeote, resbalaba por los hirsutos pelos de su rostro formidable...  
¡Lloraba... lloraba... lloraba...!  
Luego, haciendo una espantosa mueca, aguzaba el hocico tendiéndolo hacia la dama.  
Su actitud victoriosa evocaba verídicamente el beso negro del celoso veneciano al caer devorante sobre la rubia pelvis de Desdémona...  
Geraldina con su voz de plata le llamaba:  
—¡Jack... aquí!  
El gorila, dando un salto felino, caía junto a la hannoveriana, e incontinentemente se apelonaba en el suelo como un perro fiel lamiendo el tarso de los preciosos pies que suavemente lo golpeaban (Ceballos, 1982: 36).

Ceballos, al igual que los otros autores compara al gorila con un negro, en este caso con uno que se encuentra en una posición bastante elevada, que se revela en el desenlace de la historia; Jack es Otelio, por lo tanto Geraldina es Desdémona.<sup>1</sup> La boda por fin sucede, y

---

<sup>1</sup> Con respecto a esta comparación, resulta muy pertinente retomar lo que el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera comenta, bajo el seudónimo M. Can-Can, sobre el actor Leopoldo Burón tras la representación de la obra homónima de Shakespeare: «Lo verdaderamente admirable, en mi sentir, es la manera con que supo usted encarnar ese arquetipo de la fuerza varonil que seduce a las mujeres porque no es simplemente hombre, sino la

al llegar al lecho nupcial encuentran a Jack que de inmediato es despojado de su lugar a golpes. Al interior llegan el llanto y los gemidos del expulsado. Pero, finalmente Villamil descubre a su mujer cometiendo el delito nefando: el bestialismo. El marido engañado intuye el adulterio e intenta matar a Jack con un puñal, es Yago tendiendo la trampa a Otelo, pero la mirada de Jack lo desarma y se confiesa «inferior a la bestia», finalmente se lanza sobre Jack que lo recibe entre sus garras. Las manos de Otelo esta vez asesinan al celoso y no a la amada. Jack regresa a su sillón, a la penumbra contemplativa que conoce y es el narrador quien nos sugiere que quizá el amor lo ha elevado en el escalón evolutivo que:

Quizá desde las imperfectas voliciones de su cerebro oscuro las aspiraciones evolutivas, ritmadas por los clamores del orgullo alerta, le murmuraban muy cerca del oído... serás como un dios... como un dios... ¡como un dios!  
(Ceballos, 1982: 37).

Así Rogelio, por el mismo sentimiento y por los celos quedaría hundido en la animalidad, deshumanizado totalmente y convertido en un fardo.

Ceballos en su texto, como los otros autores mencionados, hace uso de términos y conceptos tornados de un discurso criminológico positivista que se encuentra presente en el ambiente. Para 1901 Julio Guerrero publicó su «Estudio de psiquiatría social»: *La génesis del crimen en México*, donde hará notar cómo en el campo no sólo se encuentra el atraso debido a la falta de tecnología civilizatoria, sino porque estas regiones:

[...] llegaron a estar pobladas por los desechos de las ciudades, productos patológicos, verdaderos monstruos humanos, mendigos, criminales retirados y prófugos de la justicia de otras regiones. En la lucha rudísima por la existencia que produjo la etapa militar de nuestra evolución política se refugiaban a poblados aislados los que huían de enemigos vencedores, los que tenían algo que ventilar con los tribunales de otra parte y los que se lisiaban alguna víscera o perdían algún miembro; pues las condiciones de lucha armada en que vivíamos caracterizaba a estos últimos como inválidos en los centros de gran actividad y a aquellos como víctimas de la ley; siendo las ciudades los lugares donde se establecían los triunfadores y donde podían por consiguiente, y aunque fuera a intervalos, ensayarse alguna sombra de justicia.  
Pero a la llegada de estas clases de inmigrantes, las familias sanas y honorables, que por cualquier motivo tenían que permanecer en un pueblo se veían precisadas a aislarse y a evitar sobre todo el matrimonio con ellos, retirando, por una especie de retraimiento tácito, el *jus connubium* a los advenedizos. La

---

apoteosis del hombre. Pero el hombre salvaje, el hombre libre de las trabas y embarazos sociales, el hombre de la naturaleza que, aunque triste, es fuerza confesarlo, mucho se asemeja a las fieras y alimañas de los bosques. Otelo es un ser limítrofe entre el hombre civilizado y la fiera» (Gutiérrez Nájera, 1880: 2). Otelo, aunque privilegiado, no deja de ser una representación del acto discriminatorio, las ser bestializado debido a su tono de piel.

endogamia se desarrolló por consiguiente y pronto alcanzo el último grado de sus restricciones contrayéndose el matrimonio sólo entre parientes, de tal manera que en muchos pueblos la mayoría de sus miembros eran designados con uno o dos apellidos nada más (Guerrero, 1901: 130-131).

El Otro en este relato se encuentra por encima de la posición que debería ocupar, no es el obrero o marinero de Poe ni tampoco el esclavo de Lugones; en este caso, su situación es equivalente a la de un criado que ha logrado seducir a su ama y actúa a su vez como amo del hogar. La moralidad del simio no es cuestionada, el protagonista lo iguala a su situación de hombre que sucumbe frente a la tentación femenina, el amor carnal une a hombre y simio en una lucha en la que sobrevive el más apto. Y la mujer queda como culpable del bestialismo, una degeneración derivada de la inmoralidad, diría Morel. Geraldina paga su crimen con la muerte de Villamil. Una persona de clase baja hubiera sido encarcelada por este delito, acusada además de poca educación, pero esta mujer parece excusada debido a su portentosa fortuna. En este caso, ella cumple una doble tarea, la de ser la doncella en sacrificio para calmar al monstruo y al mismo tiempo sublimar en sí misma lo monstruoso para conducir al hombre hacia la bestialidad, la *femme fatal* (Santiestevan Oliva, 2003: 239-243).

Como es posible notar al comparar estos tres relatos se encuentran la gran melancolía que contienen los ojos de los grandes simios, su parecido con el ser humano, el camino evolutivo que con este comparte, su carácter imitativo y que los tres han sido extraídos de sus entornos naturales para ser llevados a un ambiente ciudadano. En cuanto al discurso de sus autores, problematizan la relación amo y esclavo, salvajismo, bestialidad. Nos dejan ver desde el reflejo de sus ojos al ser humano portavoz de la ciencia y amo de la creación que es capaz de esclavizar, maltratar y asesinar a los de su especie; un animal que no se defiende para sobrevivir, sino para conseguir lo que desea, aún si sus actos son irracionales e inhumanos. La sabiduría del simio consiste en su silencio contemplativo.

Los tres relatos demuestran lo inasible que es el discurso del Otro por medio de un estudio externo, de suposiciones médicas, políticas o sociales. Al mismo tiempo, el Otro podría ser intercambiado por alguna minoría de la época, un marginado social que sólo puede actuar en espacios cerrados y controlados, de acuerdo con la terminología de la época: un negro, un disminuido, un degenerado, ya sea física o psíquicamente.

Así pues, el simio es una representación ambivalente, domesticada o salvaje, por medio de la cual es posible constatar los límites de lo humano en el siglo XIX; una moral que se apoya en la ciencia para justificar el maltrato de ese Otro, del monstruo cuasi humano; al



mismo tiempo, resulta un sujeto que vive en el margen de la ley. La ciencia, incapaz de demostrar su razonamiento, se limita a describirlo pues su experiencia siendo Otro, no importa si en sus ojos hay lágrimas y se intuyen sentimientos en su semblante, en un contexto científicista que aplica la razón occidental para medir lo humano y lo no humano, estos nunca se acercarían a los del hombre occidental. Sin embargo, los autores revisados ponen en entredicho esta visión mediante la humanización del simio y la deshumanización del hombre.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bartra, Armando (2008): «El cuerpo grotesco», prólogo a *El monstruo objeto imposible. Estudio sobre teratología mexicana, siglo XIX*. México, Universidad Autónoma Metropolitana/Ítaca.
- Bartra, Roger (2014): *El mito del salvaje*. México, Fondo de Cultura Económica (Tezontle).
- Bondeson, Jan (1998): *Gabinete de curiosidades médicas*. Traducción de Nuria Parés. México, Siglo XXI Editores (Ciencia y Técnica).
- Caponi, Sandra (2009): «Para una genealogía de la anormalidad: la teoría de la degeneración de Morel», *Scientiæ Zudia*, 7, 3: 425-445.
- Castillo Martín, Francisco Javier (2011): «3. Poe y la ciencia ficción», en *Los legados de Poe*, edición de Margarita Rigal. Madrid, Editorial Síntesis (Letras Universitarias).
- Ceballos, Ciro B. (1982): *Un adulterio*, México, Premiá Editora (La Matraca, 23).
- Chapple, J. A. V. (1986): *Science and Literature in the Nineteenth Century*, Houndmills, Basingstoke, Hampshire and London, Macmillan Education.
- Corvalán, Octavio (1982): «Las presuntas preguntas científicas de Yzur», en *La letra en el espejo* (Ensayos), Salta, Universidad Nacional de Salta, Departamento de Humanidades.
- Cuvier, George (1817): *Le Règne Animal*, distribué d'après son organisation, Paris, Chez Deterville.
- Darwin, Charles (1859): *On the Origin of Species*, London, John Murray.
- Englekirk, John Eugene (1934): *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature*, New York, Instituto de las Españas.
- Ferrús Vicente, Joan (2009): «El discurso científico en la obra de Edgar Allan Poe», *Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 1: 28-41. <https://452f.com/el-discurso-cientifico-en-la-obra-de-edgar-allan-poe-joan-ferrus> (último acceso: 14/08/2021).
- Foucault, Michel (2007): *Los anormales*, Curso en el Collège de France, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Fraser, Howard M. (1996): «Apocalyptic Vision and Modernism's Dismantling of Scientific Discourse: Lugones's 'Yzur'», en *Hispania*, 79-1: 8-19.
- Gutiérrez Nájera, Manuel (1880): «Entre bastidores», en *La Voz de España*, II-249: 2-3.
- Haywood Ferreira, Rachel (2011): *The Emergence of Latin American Science Fiction*, Middletown, Connecticut, Wesleyan University press.
-

- Hernández Roura, Sergio (2020): *Edgar Allan Poe y la literatura fantástica mexicana (1859-1922)*, México, Bonilla Artigas Editores (Pública Ensayos, 13).
- Lamarck, Jean Baptiste (1809): *Philosophie zoologique ou Expositio des considérations relatives à l'histoire naturelle des Animaux; à la diversité de leur organisation et de facultés qu'ils en obtiennent; aux causes physiques que maintenant en esux la vie et donnent lieu aux mouvemens qu'ils exécutent; enfin, à celles qui produisent, les unes le sentiment, et les autres l'intelligence de ceaux qui en sont doué*, deux tomes, Paris, Dentú librarie.
- Lugones, Leopoldo (2011): *Los cuentos de Leopoldo Lugones*, edición a cargo de Martín Artagaveyta, Buenos Aires, Ediciones Diada.
- Morel, Bénédic-August (1857): *Traité des Dégénérescences Physiques, Intellectuelles et Morales de l'Espèce Humaine: Text and Atlas*, Paris, J. B. Baillière.
- Narváez Hernández, José Ramón (2005): «Bajo el signo de Caín. El ser atávico y la criminología positiva en México», *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, XVII: 1-19.
- Otis, Laura (2002): «Introduction», en *Literature and Science in the Nineteenth Century An Anthology*, edición, introducción y notas de Laura Otis, New York, Oxford University Press (Oxford World's Classics): xvii-xxviii.
- Poe, Edgar Allan (2001): *Cuentos, 1*, traducción de Julio Cortázar, cuarta reimpresión, Madrid, Alianza Editorial (Literatura).
- Rabaza Soraluz, Luis (2005): «Revanca y liberación de los monos: César Vallejo y la narrativa de la modernidad finisecular», en *César Vallejo: estudios de poética*, comp. Jesús Humberto Florencia. México, University of Texas/Ediciones Eón (Colección Ensayo): 163-208.
- Santiestevan Oliva, Héctor (2003): *Tratado de monstruos*, ontología teratológica, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur.
- Stead, Evanghélia (2004): *Le Monstre, le Singe, et le Fetus*, tératogonie et Décadence dan l'Europe fin-de-siècle, Genève, Librairie Droz.
- Urías Horcasitas, Beatriz (2000): *Indígena y criminal: interpretaciones del derecho y la antropología en México. 1871-1921*, México, Universidad Iberoamericana/Departamento de Historia, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.
-





## SOBRE LA AUTORA

### *Coral Velázquez Alvarado*

Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas, maestra en Letras Mexicanas y doctora en Letras por Universidad Nacional Autónoma de México. Ha dedicado sus estudios al siglo XIX mexicano a través de algunos artículos y conferencias (tanto en México como en el extranjero); enfocándose sobre todo en el Modernismo mexicano, esfuerzo que finalmente se vio reflejado en su edición crítica de la *Obra reunida* del escritor decadentista Bernardo Couto Castillo (UNAM, 2014). Trabajó como asistente de investigación y apoyo técnico en proyectos sobre publicaciones periódicas del siglo XIX en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas (UNAM). Además, ha participado como colaboradora externa y apoyo técnico en el Seminario de Edición Crítica de Textos, del Instituto de Investigaciones Filológicas (UNAM), a través del proyecto: «Rescate de autores mexicanos del siglo XIX», en varios de los volúmenes de Manuel Gutiérrez Nájera y José T. de Cuéllar. Actualmente, es colaboradora del proyecto «Cronología de la vida y obra de José Juan Tablada» en el portal *Vida, Letra e Imagen* del Instituto de Investigaciones Filológicas (UNAM).

Contact information: correo electrónico: [ishtarastarte@hotmail.com](mailto:ishtarastarte@hotmail.com)